

Líderes sociales colombianos como “Máquina de guerra” y su relación con “el aparato de captura” en Colombia: una lectura desde la filosofía de Gilles Deleuze y Felix Guattari

Iván Dario Jaimes Duarte

Trabajo de grado para optar por título de Filósofo

Director

Oscar Flantrmsky

Doctor en Filosofía

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía

Bucaramanga

2024

Tabla de contenido

Introducción	7
1. “Máquinas” y “máquina de guerra”: aproximaciones conceptuales	8
1.1 Máquinas deseantes y máquinas sociales	8
1.2 Máquina de guerra y su relación con el nómada	12
2. Aparato de captura y su definición	17
2.1 Mecanismos del aparato de captura	18
2.2 Conflicto entre máquina de guerra y aparato de captura	20
3. Líderes sociales en Colombia y su relación con la máquina de guerra	24
3.1 Definición de líder y líder social	24
3.2 Expresiones del liderazgo social como máquina de guerra	30
3.3 Conflicto entre los líderes sociales (máquina de guerra) y el Estado colombiano (aparato de captura)	37
Conclusiones	46
Referencias Bibliográficas	48

Resumen

Título: Líderes sociales colombianos como “Máquina de guerra” y su relación con “el aparato de captura” en Colombia: una lectura desde la filosofía de Gilles Deleuze y Felix Guattari*

Autor: Iván Dario Jaimes Duarte**

Palabras Clave: máquina de guerra, aparato de captura, liderazgo, líderes sociales, nómada

Descripción: el propósito final de esta investigación es argumentar y analizar varios conceptos filosóficos desarrollados por Gilles Deleuze y Félix Guattari. Inicialmente, se examina la noción de "máquina" en el pensamiento de Deleuze, abordando conceptos como la "máquina abstracta", las "máquinas deseantes" y las "máquinas sociales". Luego, se profundiza en uno de los conceptos más destacados de los filósofos: la "máquina de guerra", que representa una fuerza de resistencia y desobediencia frente a las estructuras de poder establecidas.

En seguida Enseguida, se analizará el concepto de "aparato de captura", que se refiere a los mecanismos y dispositivos mediante los cuales el Estado intenta capturar, controlar y reprimir los flujos de deseo y los movimientos de resistencia en la sociedad. Posteriormente, se explora la noción de "liderazgo social" y cómo los líderes sociales en Colombia podrían ser vistos como encarnaciones de la máquina de guerra y el nómada deleuziano, para, de esta forma, examinar las

* Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Filosofía. Director: Óscar Giovanni Flantrmsky Cárdenas. Doctorado en Filosofía.

características y el rol fundamental que desempeñan estos líderes en la defensa de las comunidades vulnerables y la lucha contra las injusticias sociales.

Finalmente, se analizará cómo el Estado colombiano, en su papel de aparato de captura, ha desplegado diversas estrategias y mecanismos para controlar, cooptar o reprimir a los líderes sociales que representan una amenaza al statu quo. Para ello, se describen ejemplos concretos de judicialización, estigmatización, cooptación y represión utilizados por el Estado para neutralizar los liderazgos alternativos y desactivar el potencial destabilizador de los movimientos sociales. De esta manera, a lo largo del contenido, se busca establecer paralelos y conexiones entre los conceptos filosóficos de Deleuze y Guattari y las realidades sociales y políticas de Colombia, ofreciendo una perspectiva crítica y reflexiva sobre las dinámicas de poder, resistencia y transformación en el país.

Abstract

Title: Colombian social leaders as “War Machine” and their relationship with “the capture apparatus” in Colombia: a reading from the philosophy of Gilles Deleuze and Felix Guattari*

Author: Iván Dario Jaimes Duarte**

Keywords: war machine, capture apparatus, leadership, social leaders, nomad

Description: the final purpose of this research is to argue and analyze several philosophical concepts developed by Gilles Deleuze and Félix Guattari. Initially, the notion of "machine" in Deleuze's thought is examined, addressing concepts such as the "abstract machine", "desiring machines" and "social machines". Then, it delves into one of the most prominent concepts of philosophers: the "war machine", which represents a force of resistance and disobedience against established power structures.

Next, the concept of "capture apparatus" will be analyzed, which refers to the mechanisms and devices through which the State attempts to capture, control and repress flows of desire and resistance movements in society. Subsequently, the notion of "social leadership" is explored and how social leaders in Colombia could be seen as incarnations of the war machine and the Deleuzian nomad, in order to examine the characteristics and fundamental role that these leaders play in the defense of vulnerable communities and the fight against social injustices.

* Bachelor Thesis

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Filosofía. Director: Óscar Giovanni Flantrmsky Cárdenas. Doctorado en Filosofía.

Finally, it will be analyzed how the Colombian State, in its role as a capture apparatus, has deployed various strategies and mechanisms to control, co-opt or repress social leaders who represent a threat to the status quo. To this end, specific examples of judicialization, stigmatization, cooptation and repression used by the State to neutralize alternative leaderships and deactivate the destabilizing potential of social movements are described. In this way, throughout the content, it seeks to establish parallels and connections between the philosophical concepts of Deleuze and Guattari and the social and political realities of Colombia, offering a critical and reflective perspective on the dynamics of power, resistance and transformation in the country.

Introducción

El pensamiento filosófico de Gilles Deleuze y Félix Guattari representa una ventana disruptiva para comprender las dinámicas del poder, la resistencia y los procesos de transformación social. Por tal motivo, en el presente documento, se profundiza en dos conceptos medulares de su obra - la "máquina de guerra" y el "aparato de captura" - con el fin de analizar las complejas interacciones entre los movimientos sociales, sus liderazgos y el Estado. Para ello, se tomará la noción de "máquina de guerra", la cual se presenta como una fuerza nómada, descentralizada y desterritorializadora que desafía las estructuras de poder instituidas. En contraste, se tomará también el concepto de "aparato de captura", el cual encarna los mecanismos mediante los cuales el Estado busca controlar, cooptar o reprimir estas expresiones de disidencia y cambio social.

A lo largo del texto, estos conceptos se entrelazan con un estudio detallado de los liderazgos sociales en Colombia y su rol como potenciales agentes de la "máquina de guerra". Asimismo, se explora cómo estos líderes, arraigados en comunidades vulnerables, logran articular demandas populares, tejer redes de resistencia y prefigurar horizontes emancipadores. Al mismo tiempo, se disecciona la forma en que el Estado colombiano, actuando como "aparato de captura", ha desplegado diversas estrategias para neutralizar o absorber estos liderazgos alternativos. Desde la estigmatización y judicialización, hasta la cooptación política y económica, se analizan los métodos empleados para desactivar el potencial transformador de estos movimientos sociales. Por ello, el documento trasciende el mero análisis conceptual, para ofrecer una mirada crítica y propositiva sobre las luchas por la justicia social, la defensa de derechos y la construcción de alternativas al statu quo. Así, utilizando la filosofía deleuziana como lente, se invita a cuestionar las narrativas

dominantes, y a repensar las dinámicas del cambio social desde una óptica que reconoce la multiplicidad, la creatividad y el devenir revolucionario.

En definitiva, esta exploración teórico-práctica busca contribuir a la comprensión de los movimientos sociales colombianos y sus liderazgos, al tiempo que siembra inquietudes sobre la necesidad de reimaginar las formas de organización, resistencia y emancipación en el contexto actual. En síntesis, se trata de un ejercicio que entrelaza la reflexión filosófica con el compromiso ético de visibilizar las voces y las batallas de quienes se atreven a desafiar los límites de lo establecido.

1. “Máquinas” y “máquina de guerra”: aproximaciones conceptuales

1.1 Máquinas deseantes y máquinas sociales

El concepto “máquina” adquiere una importante analogía con el pensamiento del siglo XX, en la medida en que se exterioriza el término como una metáfora de la modernidad, que permite cuestionar y criticar las formas de organización social, política, económica y cultural de la época. Diversos pensadores de este tiempo desarrollaron y postularon un bagaje filosófico con relación a este término, como Gilles Deleuze, Félix Guattari, Jean François y Michel Foucault, quienes utilizaron el concepto de “máquina” para analizar los procesos de producción, circulación y consumo de significados, saberes, deseos y poderes que constituyen nuestra sociedad.

A primera vista, el término podría evocar imágenes de engranajes metálicos y funcionamiento mecánico; sin embargo, en el universo filosófico de Deleuze, la máquina adquiere una profundidad y amplitud que trasciende lo meramente mecánico. Deleuze (2002) sostiene que una máquina puede entenderse como una entidad abstracta; no obstante, cuando Deleuze habla de una máquina como algo "abstracto", no se está refiriendo específicamente a la noción de "máquina

abstracta" que desarrolla junto con Guattari en otro de sus escritos. Aquí, abstracto tiene un sentido diferente. Para Deleuze, una máquina no necesita ser un aparato material o tangible, junto a Guattari deciden tratar este término como algo que trascienda la mecánica clásica vectorial, deciden proponer algo que intente ir más allá del reduccionismo de concebir el mundo como piezas ensambladas de un modo determinado y exclusivo. De esta forma, la máquina abstracta refiere a un diagrama de funcionamiento, un patrón o matriz virtual que no se confunde con ninguna máquina concreta o actual. Es una especie de "máquina de máquinas" que opera como una usina generativa de procesos, y despliega diferentes agenciamientos maquínicos, según distintos regímenes de signos y deterritorializaciones relativas. Deleuze y Guattari conciben a la máquina abstracta como una multiplicidad plástica y diagramática, una casi-cause que no actúa de manera lineal, sino que induce devenires y encarna diversas efectuaciones, dependiendo de los materiales que captura y procesa. Funciona mediante materias signadas, que codifican y recodifican flujos, generando procesos de deterritorialización y reterritorialización constantes. Así, "una máquina abstracta o diagramática no funciona para representar, ni siquiera algo real, sino que construye un real futuro, un nuevo tipo de realidad" (p.144). A modo de ejemplo, los autores conciben la máquina abstracta del capitalismo que produce flujos descodificados de capital, pero que, simultáneamente, tiende a reterritorializarlos sobre el cuerpo del trabajador y el mercado mundial. Otra máquina abstracta sería la de la filosofía, que opera mediante conceptos y planos de inmanencia, para deterritorializar el pensamiento.

De esta forma, una máquina puede entenderse como un conjunto de relaciones dinámicas, como procesos de creación. Así, en un sentido abstracto, una máquina puede ser cualquier entramado de elementos interconectados, cualquier sistema que adquiere una consistencia, una función y una capacidad de transformación a partir de los vínculos entre sus componentes. Un

texto, un concepto, una institución, incluso el propio inconsciente, pueden concebirse como máquinas, máquinas semióticas, productoras de significado y de realidad que van más allá de la concepción tradicional de una máquina física. Al mismo tiempo, la máquina es un conjunto de elementos interconectados que trabajan juntos para producir efectos, y cuyas conexiones son fundamentales para su funcionamiento. Por ello, en lugar de centrarse en la máquina como un objeto aislado, Deleuze se enfoca en las relaciones y flujos que surgen de su interacción con otros elementos y máquinas. Esta perspectiva nos invita a alejarnos de la visión mecanicista y lineal del mundo, y a considerar las complejas redes de interdependencia que definen nuestra realidad.

En síntesis, como se ha expuesto, una máquina puede ser cualquier cosa: un libro, un cuerpo, un lenguaje, una institución, una obra de arte, etc. Ahora bien, en este sentido, dentro de la filosofía de Deleuze, se distinguen dos tipos principales de máquinas: las máquinas deseantes y las máquinas sociales. Por un lado, las máquinas deseantes producen flujos de deseo que atraviesan los cuerpos y los sujetos. Sin embargo, el deseo no debe entenderse como una falta o una carencia, según la visión psicoanalítica tradicional. Deleuze y Guattari conciben el deseo como una fuerza positiva y productiva, una energía que genera conexiones y produce realidad. No obstante, esto no implica que descarten por completo la noción de falta. Más bien, la replantean como un efecto secundario del funcionamiento mismo de las máquinas deseantes al interrumpir flujos o cortar sus conexiones:

No se trata de experimentar el deseo como carencia interior, ni de aplazar el placer para producir una especie de plusvalía exteriorizable, sino, por el contrario, de constituir un cuerpo sin órganos intensivo, Tao, un campo de inmanencia en el que el deseo no carece de nada, y como consecuencia ya no se relaciona con ningún criterio exterior o trascendente. (Deleuze y Guattari, 2002, p.162)

En este orden de ideas, la falta o carencia surge entonces como un fenómeno derivado, una consecuencia de las interrupciones y disrupciones que las propias máquinas deseantes introducen al fluir del deseo. Pero, lejos de constituir un punto de partida, la falta es vista como un subproducto contingente del proceso de producción deseante. El deseo en sí mismo es afirmativo, es una corriente inmanente de creación que no nace de una carencia original, sino que simplemente fluye y produce conexiones y devenires en un plano de inmanencia y multiplicidad. De este modo, Deleuze y Guattari revierten la ecuación psicoanalítica al colocar al deseo como una fuerza primaria y posibilitadora, mientras que la falta queda relegada a un efecto secundario, derivado de las propias operaciones de corte y disyunción que el deseo realiza sobre sí mismo, al actualizarse en ensamblajes concretos.

De esta manera, las máquinas sociales funcionan mediante la estratificación y organización de los flujos de deseo en sistemas significativos estabilizados, como los sistemas económicos, políticos, lingüísticos, etc. En cambio, las máquinas deseantes no se contraponen radicalmente a las máquinas sociales, sino que se relacionan de manera inmanente. Como explican Deleuze y Guattari en *Anti-Edipo* (1985),

Las máquinas deseantes son máquinas binarias, de regla binaria o de régimen asociativo; una máquina siempre va acoplada a otra. La síntesis productiva, la producción de producción, posee una forma conectiva: «y», «y además» ... Siempre hay, además de una máquina productora de un flujo, otra conectada a ella y que realiza un corte, una extracción de flujo (el seno—la boca). Y como la primera a su vez está conectada a otra con respecto a la cual se comporta como corte o extracción (p.15)

Por otro lado, es necesario aclarar que las máquinas deseantes operan a un nivel molecular, produciendo flujos móviles e inestables de deseo, que representan las fuerzas productivas y

transformadoras del deseo. Asimismo, las máquinas sociales son formaciones molares que emergen y se estratifican a partir de esos flujos deseantes, codificándolos en sistemas significativos estabilizados.

En este sentido, para Deleuze y Guattari, las máquinas no son entidades aisladas, sino nodos en una red compleja de relaciones que se producen a través de sus interacciones. Estas relaciones no están predeterminadas, y no siguen una jerarquía rígida, sino que son cambiantes y contingentes, lo que permite la emergencia de nuevas formas de organización y sentido. Por esto, junto a Guattari, la visión de Deleuze propone las máquinas como procesos activos, que están en constante cambio y transformación. De esta forma, las máquinas, para Deleuze y Guattari, son máquinas que producen relaciones, y podría considerarse que todo son máquinas que se conectan entre sí; es decir, para Deleuze y Guattari, la idea de que todo es máquina, es una forma de ver el mundo como una serie de procesos interconectados, donde el deseo y la producción de deseos desempeñan un papel central.

1.2 Máquina de guerra y su relación con el nómada

En consecuencia con lo anterior expuesto, “la máquina de guerra” es uno de los conceptos más originales y provocadores que desarrollaron el filósofo Gilles Deleuze y el psicoanalista Félix Guattari en su obra *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (2002). Este concepto les permitió analizar las dinámicas de poder, resistencia y transformación que atraviesan la historia humana, y que siguen vigentes en nuestra actualidad. En *Mil Mesetas*, Deleuze y Guattari se adentran en la noción de “la máquina de guerra” como una fuerza de desobediencia y resistencia. Consideran que “la máquina de guerra” opera fuera de las estructuras de poder establecidas, desafiando las normas y las jerarquías. Pero, también

No basta con afirmar que la máquina es exterior al aparato, hay que llegar a pensar la máquina de guerra como algo que es una pura forma de exterioridad, mientras que el aparato de Estado constituye la forma de interioridad que habitualmente tomamos como modelo, o según la cual pensamos habitualmente (p.362).

De acuerdo con lo anterior, no se trata de un ejército convencional, ni tampoco de una fuerza que se centra en una ubicación terrenal-espacial al Estado, sino más bien de una fuerza nómada que se caracteriza por su capacidad para evadir, infiltrar y desestabilizar las estructuras de poder, efectuando su oposición dentro de las formas de poder establecidas. En este sentido, la máquina de guerra representa la lucha contra las fuerzas opresivas y la afirmación de la autonomía individual y colectiva. Se manifiesta en movimientos sociales, revueltas populares, y formas de resistencia que desafían las instituciones y los sistemas de control; no en vano, incluso, una obra de arte puede ser una máquina de guerra. Por ello, Deleuze y Guattari argumentan que la máquina de guerra se caracteriza por su naturaleza esquizofrénica, es decir, su capacidad para romper con las categorías y las identidades fijas.

No obstante, Si bien la máquina de guerra puede verse como una fuerza de desobediencia y resistencia, Deleuze y Guattari también destacan su potencial creativo. Argumentan que la máquina de guerra no se limita a la negación o destrucción de las estructuras existentes del Estado, sino que puede convertirse en una fuerza de creación y transformación. En lugar de, simplemente, oponerse al poder establecido, la máquina de guerra puede generar nuevos modos de vida y nuevas formas de organización social. Este aspecto creativo de la máquina de guerra, como un devenir-guerrero en la filosofía de Deleuze y Guattari, implica la constante transformación y flujo de la realidad:

El guerrero en sentido deleuziano está animado por una fuerza inmanente que lo impulsa a ser transgresor de todas las leyes sociales trascendentes. Transgresor, en consecuencia, de las leyes de la identidad, del trabajo, de la sexualidad y de la propia guerra (Garavito, 1996, p.126).

En este sentido, a modo de reiteración, “la máquina de guerra” puede contribuir a la creación de nuevos territorios, nuevas formas de organización social y nuevas subjetividades que desafían las estructuras opresivas. Aun así, cabe destacar que tanto la máquina de guerra como el aparato de captura, o Estado, no tienen existencia separada, sino más bien una relación de reciprocidad, en la medida en que coexisten en un mismo campo, y no puede pensarse una sin la otra. De ahí que la máquina de guerra sea interna (se encuentra dentro del territorio del Estado) y a la vez externa (escapa al control del Estado o se resiste a su dominación). En otras palabras:

La exterioridad y la interioridad, las máquinas de guerra metamórficas y los aparatos de identidad de Estado, las bandas y los reinos, las mega máquinas y los imperios, no deben entenderse en términos de independencia, sino en términos de coexistencia y competencia, en un campo en constante interacción. Un mismo campo circunscribe su interioridad en Estados, pero describe su exterioridad en lo que escapa a los Estados o se erige contra ellos. (Deleuze, Guattari, 2002, p.368)

Es decir, una máquina de guerra es, según Deleuze y Guattari, una forma de organización social que se basa en el movimiento, la multiplicidad, la diferencia y la desterritorialización. De esta manera, una máquina de guerra no tiene un fin predeterminado, sino que se define por su potencia de afectar y ser afectada por otras máquinas. Una máquina de guerra no es necesariamente bélica, sino que puede ser incluso una obra artística o cualquier otra actividad que intente

permanecer en la exterioridad Estado. Una máquina de guerra busca ser nómada, opera en un espacio liso, donde no hay fronteras ni jerarquías, sino líneas de fuga y puntos de encuentro.

Ahora bien, la relación entre la máquina de guerra y el nómada es fundamental en el pensamiento de Deleuze y Guattari, ya que ambos conceptos se encuentran profundamente entrelazados. Los autores conciben esta vinculación como una relación de reciprocidad, donde la máquina de guerra y lo nómada se complementan y potencian mutuamente. Por un lado, la máquina de guerra provee al nómada las herramientas y medios para resistir, crear y mantenerse en movimiento constante, desafiando las estructuras sedentarias del Estado. Pero a su vez, el nómada aporta el impulso vital, el sentido y la expresión que animan a la máquina de guerra, permitiéndole actualizarse y transformarse continuamente.

De esta manera, máquina de guerra y nómada conforman dos caras inseparables de una misma realidad de fuga y devenir. De esta forma, mientras que lo que hace la máquina de guerra es opuesto al espacio estriado del Estado, el aparato de captura o Estado intenta reducirla a su dinámica, como lo explica Paulo Oneto (2017) al afirmar:

En contrapartida, los nómadas practican la ciencia de una manera que supone otra concepción, excéntrica, pero próxima de lo que denominamos artes. Su modo de formalización es vago. Sus cuatro características, por oposición al modelo del aparato de Estado son: 1) la realidad es vista como un conjunto de flujos (devenires), proporcionando un modelo hidráulico; 2) su materia es heterogénea, sin forma preestablecida; 3) esto implica un modelo de torbellino, operando en un espacio visto como liso (topológico) que es ocupado sin ser numerado o medido, que se delinea en función de la distribución de flujos; 4) se constituye como un modelo problemático, es decir, como un modelo para el cual pensar es problematizar sin que la razón posea nada de derecho. Así, mientras el

aparato de Estado limita el elemento-problema para subordinarlo a un teorema con sus proposiciones demostrables, la máquina de guerra es el paradigma de la experimentación. En ella todo conocimiento es “afectivo”, en el sentido que las figuras que emergen sólo tienen valor en función de lo que las afecta. Cada figura designa, por tanto, un acontecimiento y no una esencia. (p.253)

La máquina de guerra es la fuerza que permite al nómada resistir la opresión del Estado y las estructuras autoritarias. Por otro lado, el nómada es el agente encarnado de la máquina de guerra, el actor que lleva a cabo la resistencia activa. Juntos forman una alianza dinámica que desafía las normas establecidas, y busca alisar el espacio que el Estado ha estriado, es decir, trazar líneas de fuga que produzcan nuevos devenires, nuevas vidas. Para ilustrar esta relación, podemos observar ejemplos a lo largo de la historia y en la cultura contemporánea. Los movimientos de resistencia indígena, como el zapatismo en México o la resistencia indígena en el Cauca colombiano, encapsulan la idea del nómada como un luchador que opera en los márgenes y se adapta a las circunstancias cambiantes. Más aún, como señalan Deleuze y Guattari, estos movimientos indígenas son en sí mismos ejemplos de máquinas de guerra:

"la máquina de guerra no tiene necesariamente por objeto la guerra (por ejemplo, la razzia, más que una forma particular de guerra, sería otro objeto) Pero, más generalmente, hemos visto que la máquina de guerra era la invención nómada, puesto que en su esencia era el elemento constituyente del espacio liso, de la ocupación de ese espacio, del desplazamiento en ese espacio, y de la composición correspondiente de los hombres " (Deleuze y Guattari, 2002, p.417).

No son nómadas que utilizan una tecnología o herramienta externa como máquina de guerra, sino que encarnan esa fuerza de resistencia y transformación con su propia existencia

nómada. Del mismo modo, los hackers y activistas en línea que desafían la vigilancia estatal y corporativa pueden considerarse máquinas de guerra, fuerzas de desterritorialización que operan a través de afectos y líneas de fuga en el espacio liso del ciberespacio, tal como lo describen Deleuze y Guattari: "El espacio liso es el ámbito de las multiplicidades no métricas y no centralizadas, donde la máquina de guerra desarrolla su potencial" (p.489). No obstante, cabe mencionar que la tecnología digital puede ser estriada y capturada por los aparatos del Estado para sus propios fines de control, convirtiéndola en una "Ciencia Mayor" o "Ciencia Real" al servicio de las estructuras dominantes, en contraposición a la "Ciencia Menor" o "Ciencia Nómada" que opera por flujos y devenires a ciencia menor es un devenir-revolucionario". Pero la máquina de guerra en sí no es una estructura rígida, sino una fuerza móvil, un ejercicio de afectos y devenires que desestabilizan las estratificaciones impuestas, pues, tal como afirman, "en ese sentido, la máquina de guerra es la invención de una organización nómada original que se vuelve en contra de lo rígido" (p.454). De esta forma, la máquina de guerra es el sistema del mismo movimiento y de permanente renovación.

2. Aparato de captura y su definición

En su obra *El Anti-Edipo* (1985), Deleuze y Guattari proponen una crítica radical al psicoanálisis y a la noción tradicional de la libido freudiana. Argumentan que la teoría freudiana reduce el deseo humano a una serie de restricciones y represiones impuestas por la sociedad, lo que ellos denominan "máquina de represión": "No deja de ser inquietante ver cómo el análisis freudiano no retiene del fantasma más que sus líneas de disyunción exclusiva y lo aplasta en sus dimensiones individuales o seudo-individuales que por naturaleza le relacionan con grupos sometidos"(p.371). Lejos de contraponerse a esta visión, Deleuze y Guattari consideran el psicoanálisis como una forma de llevar a cabo la regulación y dominación del Estado sobre el deseo. Es por ello que proponen el concepto de "aparato de captura", como una forma de entender cómo el deseo humano

está en constante interacción con las estructuras sociales y económicas. En este sentido, El "aparato de captura" son los mecanismos y dispositivos mediante los cuales el Estado captura y comprime las posibles formas de escape y descodificación del deseo en su seno mismo. Sin embargo, es importante recalcar que el aparato de captura no es algo externo o contrario al Estado, sino que es inmanente y consustancial a su funcionamiento. Por ello, las instituciones sociales que modelan el deseo -la familia, la religión, la escuela, los medios de comunicación- no son entidades independientes, sino segmentos o extensiones del propio aparato estatal, molaridades que diseminan y hacen resonar los postulados del Estado, dándole una capilaridad social profunda.

Así, el Estado produce deseos, pulsiones, hábitos y expectativas que se ajustan a las necesidades de reproducción del orden social imperante. No se trata simplemente de una represión o censura exterior de los deseos, como plantea el psicoanálisis, sino de una producción inmanente de subjetividades funcionales a la lógica del Estado. Así, el trabajador-consumidor dócil y endeudado- es modelado activamente por medio del aparato de captura estatal, toda vez que las líneas de fuga son constantemente capturadas, sobrecodificadas o selladas.

2.1 Mecanismos del aparato de captura

En este sentido, el Estado es el aparato de captura, que se basa en el derecho codificado y otras maneras para capturar, y lo hace funcionar como una especie de trampa que atrapa y canaliza para lograr sus fines. Las instituciones y mecanismos del aparato de captura crean identidades, roles y deseos normativos que se ajustan a las necesidades del sistema-Estado. Por ejemplo, la familia y la religión imponen normas de comportamiento y valores que perpetúan la estructura social existente. Frente a esto, Deleuze y Guattari argumentan que el psicoanálisis es una de las formas en las que el Estado hegemoniza y estría su territorio, al enfocarse en la represión de los

deseos individuales, y no abordar la forma en que las estructuras sociales moldean y explotan el deseo. Por ello, proponen una comprensión más compleja y liberadora del deseo, que reconoce su capacidad de resistencia y creatividad. Así, En lugar de ver al deseo como una fuerza que debe ser contenida y reprimida, lo conciben como una fuerza que puede ser liberada hacia formas de vida más auténticas y emancipadoras, mientras consideran, al mismo tiempo, que, cuando el Aparato de Captura estría el espacio, también traza y erige estructuras molares que afectan las formas de vida de una sociedad. Por ejemplo, la tendencia a atizar la conformidad, la competencia y la obediencia a las autoridades, es una forma de limitar la creatividad y la expresión individual del deseo.

Según Deleuze y Guattari, el Estado utiliza su poder coercitivo para mantener el orden social y proteger sus propios intereses. Por esto, hace función de su aparato de captura bajo dos reglas fundamentales, que denominan “comparación directa y apropiación monopolística”. Asimismo, existen tres operaciones esenciales vistas bajo este modelo, que hacen posible al Estado hacer uso de su aparato. La tierra, donde el Estado ejerce control sobre los individuos a través de leyes, regulaciones y estructuras de poder para mantener el orden público y la autoridad. El trabajo, que, al ser parte de una regulación de una actividad por parte del Estado, se divide en tareas especializadas y roles específicos, lo cual conduce a la fragmentación de la fuerza laboral, y a la dependencia de los individuos a sus empleadores y a las instituciones que controlan el trabajo, así como encriptar la valorización de la producción del trabajador. Y la moneda, la cual es un instrumento que el Estado utiliza para ejercer control sobre la economía y regular los flujos de dinero. Esto incluye la emisión de moneda, la regulación de la circulación monetaria y la influencia sobre las tasas de interés e impuesto: “la moneda de comercio supone el impuesto. El aparato de captura constituye un espacio general de comparación y un centro móvil de apropiación. Sistema

pared blanca-agujero negro, que como hemos visto precedentemente constituía el rostro del déspota.” (Deleuze, Guattari, 2002, p.451).

2.2 Conflicto entre máquina de guerra y aparato de captura

Ahora bien, el conflicto entre la “máquina de guerra” y el “aparato de captura” es también una relación compleja y dinámica, en la que ambos se influyen mutuamente. El “aparato de captura” intenta capturar y explotar la “máquina de guerra”, para someterla a su lógica soberana y burocrática. Por su parte, La “máquina de guerra” desafía al “aparato de captura” para crear nuevas posibilidades de existencia y expresión. Por consiguiente, la “máquina de guerra” y el “aparato de captura” están en constante conflicto. Este conflicto entre la “máquina de guerra” y el “aparato de captura” es también un conflicto entre dos lógicas diferentes. Por un lado, la lógica nómada, que implica una relación con la multiplicidad, en lugar de la unidad. Por otro lado, la lógica sedentaria del aparato estatal, que tiende hacia la unidad, la homogeneización, la reterritorialización y busca definir identidades estables, narrativas únicas, sistemas molares cerrados sobre sí mismos a través de la sobrecodificación de los flujos deseantes. En otras palabras, aspira a la trascendencia de un punto fijo, un centro de poder soberano que juzga y decide en última instancia. Sin embargo, en contraste con esta visión, la lógica nómada, propuesta por Deleuze y Guattari, rechaza la búsqueda de una verdad única o una única forma de organización. En su lugar, reconoce y abraza la multiplicidad de perspectivas, identidades y formas de ser. No busca imponer una narrativa o estructura dominante, sino que se abre a la diversidad y a los flujos cambiantes.

Ahora bien, Deleuze y Guattari (2002) describen al nómada como una fuerza rizomática, entendiendo el rizoma no solo como una estructura subterránea, sino como cualquier sistema abierto, no jerárquico y descentrado que se expande horizontalmente, sin un centro definido. En su

obra *Mil Mesetas*, proponen diferentes ejemplos de rizoma, como un enjambre de abejas, un camino de hormigas o el prado que crece en las separaciones de las baldosas (p.26). Estos sistemas rizomáticos se caracterizan por su capacidad de establecer múltiples conexiones, rechazando las estructuras piramidales con un punto central de origen o destino predefinido. De esta forma, el pensamiento rizomático cuestiona las formas de organización verticales y centralizadas, abogando por modos de existencia nómadas, inmanentes y en constante devenir. No busca imponer una única narrativa, sino cartografiar y conectar flujos diversos, permitiendo la coexistencia de multiplicidades.

En este sentido, el nómada es como un rizoma que conecta nodos de pensamiento y acción de manera no jerárquica y no lineal; es decir, la lógica nómada enfatiza la creatividad y el "devenir". Deleuze y Guattari sugieren que las identidades y las ideas no son fijas, sino que están en constante proceso de cambio y transformación y creación. El nómada abraza la capacidad de crear nuevas conexiones y realidades, de manera que:

En este sentido, el nómada es denominado “el desterritorializado”, en cuanto se “reterritorializa en la propia desterritorialización”. De esta manera todo deviene de acuerdo con sucesiones de operaciones locales ilimitadas que nunca terminan, nunca cesan, son infinitas. Así, el espacio deja de ser una mera dimensión de extensión, visual, para convertirse en táctil (“háptico”) y sonoro, con polivocidad de direcciones, liso, del tipo rizoma. (Maldonado, Palencia, Rojas, 2016, p.14)

Por otro lado, está la lógica sedentaria, que se caracteriza por la fijación, la unidad, la homogeneidad y la reterritorialización. La fijación como la incapacidad de cambiar de dirección o de intensidad, según el contexto o las conexiones que se establezcan con otras máquinas. La unidad busca la unificación de conceptos, identidades y sistemas en un todo coherente y predecible, y se

esfuerzo por definir y categorizar de manera precisa, toda vez que la homogeneidad es vista como la tendencia a someter o eliminar la heterogeneidad o la diferencia.

En resumen, la máquina de guerra es un tipo de organización social que se caracteriza por ser nómada y descentralizada. No está vinculada a un territorio específico, y no tiene una estructura jerárquica rígida, por lo que podría afirmarse que ella no tiene estructura jerárquica. Todo en ella funciona por alianzas, centros de poder que no dependen de una organización central para ser y actuar, como ocurre con el rizoma. En otras palabras, se basa en la flexibilidad, la adaptabilidad y la creatividad. De hecho, La máquina de guerra es capaz de resistir y desafiar las estructuras de poder establecidas. Por otro lado, el “aparato de captura”, es decir, el Estado, es una forma de organización social que busca capturar, controlar y domesticar a las máquinas de guerra. El “aparato de captura” se basa en la centralización, la jerarquía y la normatividad. Su objetivo principal es mantener el orden social existente y suprimir cualquier forma de resistencia o desviación.

Asimismo, los términos máquina de guerra y aparato de captura mantienen vigencia para examinar tensiones políticas y sociales de nuestro tiempo. Por ejemplo, internet y las redes sociales han abierto nuevos territorios virtuales difíciles de normativizar, permitiendo formas de activismo desterritorializado, como el movimiento Occupy Wall Street, o el Arab Spring. Sin embargo, estos espacios virtuales también han sido objeto de intentos de estriaje, en los que el Aparato de Captura busca ejercer su poder. El caso de China ilustra estos intentos de captura, con un estricto control y censura de internet por parte del Estado. Asimismo, diversos gobiernos y corporaciones han buscado regular y limitar los contenidos que circulan en la red, tratando de recodificar estos espacios de desterritorialización.

No obstante, la lógica del rizoma y la máquina de guerra nómada constantemente genera nuevas líneas de fuga y formas de resistencia, encontrando grietas y creando nuevas conexiones que desafían la captura estatal y corporativa. La virtualidad sigue abriendo posibilidades de activismo en red, movimientos sociales descentralizados y comunidades de contra-información. Esta tensión entre desterritorialización y reterritorialización, entre máquinas de guerra y aparatos de captura, es constitutiva de nuestro mundo contemporáneo hipermediatizado. Los flujos y conexiones rizomáticas desbordan constantemente los intentos de estriaje y normativización, manteniendo abiertos los espacios para la creación de nuevas realidades y modos de existencia.

Sin embargo, simultáneamente, corporaciones y gobiernos intensifican su vigilancia algorítmica y su recopilación masiva de datos, para predecir, influir y controlar comportamientos en línea. Asistimos, entonces, se crea a una carrera armamentista high-tech entre captura y resistencia. Otro caso visible son los Movimientos socioculturales, como el feminismo, diversidad sexual o contracultural, que han sido parcialmente asimilados en un proceso de recodificación, en el que la transgresión original es neutralizada bajo nuevas convenciones.

De esta manera, Deleuze y Guattari plantean una tensión constante entre el aparato de captura estatal, que busca estriar, codificar y controlar los flujos de la realidad, y la máquina de guerra nómada, que opera mediante desterritorializaciones y líneas de fuga que desbordan el intento de captura. Esta relación no implica una oposición binaria, sino una competencia y mutua afectación en un campo social inmanente, siendo que:

Y en efecto, el Estado es un aparato de captura que estría la realidad, normándola, reglándola y atándola a parámetros que le permitan controlarla, medirla, usarla, moldearla de acuerdo con sus necesidades. Por su parte, la máquina de guerra se constituye como un

espacio liso propio de una vida nómada, sin reglas ni controles que inhibe la constitución o la formación del Estado. (Maldonado, Palencia, Rojas, 2016, p.12)

Y en esta dinámica, radica el potencial emancipador de la máquina de guerra: en replantear devenires, desarmar códigos opresores y abrir líneas de fuga hacia nuevas concepciones de la realidad social, siempre guardando la posibilidad de ser desestabilizada o capturada. Una lucha perpetua por espacios de libertad. Así, la máquina de guerra oscila entre ser cooptada por lógicas burocráticas o resistir mediante una desterritorialización nómada, mientras que el aparato de captura debe adaptarse ante los desafíos, o recodificar los elementos revolucionarios. Se trata entonces de una pugna continua entre control y resistencia, orden y caos, unidad y multiplicidad.

3. Líderes sociales en Colombia y su relación con la máquina de guerra

3.1 Definición de líder y líder social

El término "líder" hace referencia, en general, a la persona que dirige o conduce cualquier tipo de grupo u organización. Como señala el Diccionario de la RAE (2024), es la persona que dirige o conduce un partido político, un grupo social u otra colectividad. De igual forma, un líder puede estar a cargo de un partido político, un colectivo social o cualquier otra colectividad.

Ahora bien, en contextos más específicos vinculados a la defensa de derechos, la promoción de causas sociales o los procesos comunitarios, solemos hablar de "líderes sociales". La OEA define así a los defensores de derechos humanos que trabajan por visibilizar, eliminar violaciones a DDHH y generar cambios a nivel local o nacional. Así;

Es defensor o defensora cualquier persona o grupo que se dedica a la defensa, promoción, respeto y protección de los Derechos Humanos en el ámbito nacional e internacional y

que además trabaja por la eliminación efectiva de las violaciones a los derechos humanos en el plano nacional, regional o local. (ONU, 2023, párr. 8).

En este sentido más acotado, el liderazgo social alude a procesos donde ciertos individuos o grupos movilizan, inspiran y representan a diversos sectores y actores de una comunidad, avivando su unidad, participación y capital social en torno a ciertas demandas, ideales o proyectos de cambio. Como señala Northouse (2021), ser líder social requiere capacidades como la visión estratégica, la comunicación inspiradora, la gestión de conflictos y el cultivo de relaciones de confianza. Es decir, habilidades orientadas a catalizar procesos colectivos de transformación social. Asimismo, el liderazgo puede entenderse, en términos generales, como un proceso social donde se aviva la unidad y la confianza entre distintos actores de una comunidad y se genera capital social vinculante. Por consiguiente, también, ser líder implica capacidades como la visión estratégica, la comunicación inspiradora, la gestión de conflictos y la construcción de relaciones de confianza, entre otras.

Dentro de este marco, el liderazgo social hace referencia al ejercicio de liderazgo orientado a la transformación y el bienestar de comunidades. El líder social es alguien que emerge de sectores populares y logra convocar y organizar a sus pares en torno a causas colectivas, como los derechos humanos, el reconocimiento cultural o el acceso equitativo a recursos. Lo distintivo del liderazgo social es que se ejerce en función de ideales que trascienden intereses individuales, además de socorrer a grupos tradicionalmente excluidos. Más que poder sobre otros, el líder social construye poder con y para los demás, apelando a valores humanistas y democráticos. Para lograr las transformaciones anheladas, el liderazgo social combina la respuesta a necesidades inmediatas de las comunidades con la formulación de soluciones estructurales a los problemas, como lo describe Castiñera (2012):

Sabemos, por último, que el liderazgo social no es un punto de partida ni el resultado final de un largo recorrido que, a nuestro juicio y al menos en nuestro contexto, pasa por las etapas de concienciación, implicación y compromiso cívico. La (pre)disposición personal a situarse en el mundo de manera crítica y transformadora fue, sin duda, una constante en buena parte de los líderes sociales. El sentido de propósito y de urgencia o el rechazo de la pasividad, por ejemplo, son elementos que forman parte de su conducta. (p.180)

Los líderes sociales cumplen un rol fundamental en la sociedad colombiana. Son quienes alzan la voz ante las injusticias, defienden a las comunidades más vulnerables y se oponen a un sistema político que beneficia a unos pocos, a costa del sufrimiento de muchos. Los líderes sociales colombianos provienen principalmente de sectores rurales, de comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes. Luchan contra la apropiación de tierras, los megaproyectos extractivistas y la imposición de modelos de desarrollo que atentan contra sus formas de vida. Asimismo, el testimonio valorado desde un líder social da pie a que tengamos cierto punto de consideración con relación a lo que este integrante social implica dentro de la sociedad colombiana, como lo es el de, por ejemplo, Maryeli Angarita (2019), lideresa de víctimas de los Montes de María, región ubicada entre los departamentos de Sucre y Bolívar, donde, bajo su forma de operar, “dimos la pelea por muchos desplazados por la violencia, igual que lo hicimos cuando decidimos reconstruir la memoria de las mujeres en Las Brisas después de la masacre en 2000” (p.53)

Este tipo de líderes anteponen las necesidades de su comunidad y los principios de justicia social a cualquier interés egoísta. Su motivación no es la fama, el reconocimiento o la prosperidad propia, sino crear condiciones para que todos puedan tener una vida digna y desarrollar su máximo potencial. Son el líder-servidor que encuentra autorrealización en empoderar a otros, no en acumular poder sobre otros. Por ello, suscita confianza y credibilidad. La gente percibe su

compromiso auténtico, ya que facilita que cada persona se lidere a sí misma. Esta valoración global de lo que implica un liderazgo se asemeja al "liderazgo servicial" desarrollado por Robert Greenleaf, en la medida en que promueve una forma de liderar enfocada en identificar y satisfacer las necesidades de los demás de manera desinteresada. Su premisa es que el verdadero líder está al servicio de la gente. Greenleaf (1977) propone que el líder-servidor antepone siempre el bien mayor del grupo, la organización y la sociedad, por encima de objetivos egoístas o de beneficio personal. En otras palabras, actúa movido por el propósito de crear valor para los demás.

Asimismo, el modelo de Greenleaf empodera a cada individuo, al reconocer y potenciar sus talentos únicos. No busca seguidores dependientes, sino facilitar que cada uno lidere su propia vida, así como también construye relaciones de confianza recíproca. Este liderazgo genera vínculos humanos de reciprocidad. El líder-servidor entiende su rol como parte de un sistema de apoyo mutuo. Reconoce en cada persona talentos que aportar. No asiste ni guía, sino que camina junto a la comunidad. Los líderes que buscan servir, dejan un legado duradero, que perdura más allá de su presencia física. No concentran el poder en sí mismos, sino que lo distribuyen para que la comunidad adquiera autosuficiencia y resiliencia. Su mayor satisfacción es ver florecer a otros. Al igual que un rizoma para Deleuze y Guattari, para quienes "el rizoma conecta cualquier punto con otro punto cualquiera (...) No hay puntos o posiciones en un rizoma como se los encuentra en una estructura, un árbol, una raíz. En un rizoma sólo hay líneas" (Deleuze & Guattari, 2002, p. 25), el liderazgo servicial no tiene una estructura jerárquica vertical, sino que es descentralizado y se basa en relaciones horizontales donde cada nodo tiene valor en sí mismo. El líder servicial no se sitúa por encima, sino al lado de los demás.

Ahora bien, plantear que el liderazgo servicial actúa como un rizoma, se define por su capacidad de adaptarse y responder de manera flexible a las circunstancias cambiantes, pues "Un

rizoma no cesaría de conectar eslabones semióticos, organizaciones de poder, circunstancias relacionadas con las artes, las ciencias, las luchas sociales” (Deleuze & Guattari, 2002, p. 13). De esta manera, el líder-servidor está atento y es sensible a las necesidades emergentes para ajustar su accionar. De la misma manera que el rizoma conecta cualquier punto con otro punto, el liderazgo servicial busca crear redes de apoyo, en las que cada persona aporte sus talentos únicos para el bien colectivo. Por tal motivo, promueve la cooperación distribuida. Además, el liderazgo servicial valora la diversidad y la heterogeneidad. Reconoce la singularidad de cada persona y comunidad, actúa para potenciar sus fortalezas distintivas en pos del bien común.

Ahora, en concordancia con lo anterior, ser un líder social en Colombia implica asumir un alto riesgo. Como lo manifiesta Negret (2017):

una de las principales causas de este fenómeno es la pretensión de los grupos armados por copar los espacios del territorio de los que se han retirado las Farc, para controlar las economías que han sido el combustible de la guerra en Colombia. (p.12)

Asimismo, desde la firma del acuerdo de paz en 2016, la violencia contra líderes sociales ha sido alarmante. Según un informe conjunto de INDEPAZ-Marcha Patriótica y Cumbre Agraria, entre noviembre de 2016 y julio de 2019:

Luego del Acuerdo de Paz firmado en el Teatro Colón en Bogotá a la fecha (agosto 12 de 2019) han sido asesinados 750 líderes y lideresas tras la firma de los acuerdos de paz, de los cuales 150 pertenecían a diferentes etnias. Según cifras del informe realizado por INDEPAZ-Marcha Patriótica y Cumbre Agraria fechado del 23 de julio del presente año, entre noviembre de 2016 y julio de 2019 se han asesinado a 623 personas líderes sociales y defensores de Derechos Humanos en todo el país. 21 de ellos el año 2016, 208 en el año

2017, 282 en el año 2018 y 80 en el año 2019 (Zuluaga Cometa, H. & Insuasty Rodríguez, A., 2019, p.313)

No obstante, la violencia en su contra no es nueva, pues tiene raíces históricas en las masacres contra el movimiento agrario y popular. Pero, en los últimos años, se ha recrudecido con el objetivo de acallar voces incómodas para el statu quo.

En este sentido, los líderes sociales en Colombia son criminalizados y perseguidos por alzar la voz. Se les tilda de guerrilleros o delincuentes para restarles legitimidad. Los asesinatos quedan en la impunidad, mientras ellos y sus comunidades quedan desprotegidos frente a los violentos. Aun así, a pesar de la adversidad, los líderes sociales colombianos persisten en sus luchas cotidianas. No en vano, siguen denunciando los atropellos, explorando distintas líneas dentro de su contexto histórico:

Muchos líderes sociales en Colombia, especialmente en regiones alejadas de las zonas urbanas, son estigmatizados por los intereses que representan y por sus reclamos de reconocimiento político y social, para los cuales se valen de protestas y, a veces, de las vías de hecho, lo que los hace altamente visibles y vulnerables. Como representan diversas identidades sociales (son, por ejemplo, líderes étnicos, comunales, políticos o feministas), son propensos a padecer una estigmatización múltiple en la que convergen y se acumulan los efectos de numerosas formas de discriminación y marginación social. De esta manera, la intolerancia hacia sus reclamos y su identidad alimenta y difunde creencias negativas sobre sus atributos e intenciones, al igual que sobre las causas que representan y defienden. Comúnmente se les vincula con la insurgencia armada o se les designa gratuitamente como delincuentes, criminales, terroristas o enemigos (González Monguí, P. E., Silva-García, G., Pérez-Salazar, B., & Vizcaíno-Solano, L. A., 2022, p.58)

3.2 Expresiones del liderazgo social como máquina de guerra

Más que instituciones fijas, los líderes sociales son fuerzas nómadas de cambio. No se atrincheran en un solo lugar, van allí donde sean requeridos para defender, hacer fluir líneas de fuga. Su acción es desterritorializadora, pues busca dismantelar las estructuras de poder que someten a las comunidades. Como la máquina de guerra, los líderes sociales despliegan una multiplicidad de saberes, discursos y prácticas. Convocan abogados, comunicadores, maestros, artistas. Combinan la protesta callejera con el trabajo comunitario, la denuncia pública con el diálogo directo con autoridades. Este ensamblaje multifacético les permite sorprender y confrontar al Estado. Además, al igual que la máquina de guerra, los líderes sociales se reinventan constantemente, innovan formas de resistencia creativa. Por ejemplo, han utilizado estrategias como abrazatones a los violentos, murales comunitarios o medios de comunicación alternativos. Por esto es que los líderes sociales en Colombia podrían ser concebidos como expresiones de “máquina de guerra” que operan sobre espacios concretos de opresión, para transformarlos. Al igual que la máquina de guerra, los líderes sociales están en constante movimiento, flexibilizan sus estrategias, coordinan en red, piensan y operan externamente de las medidas establecidas.

Asimismo, los líderes sociales en Colombia tienen la capacidad de tejer puentes entre diversos sectores y luchas que pueden parecer desconectados o aislados entre sí. Por ejemplo, han logrado crear alianzas entre movimientos campesinos, indígenas, afrodescendientes y estudiantiles, articulando sus demandas alrededor de propuestas como la defensa de los vulnerables, y la oposición a políticas neoliberales. Otra convergencia ha sido entre organizaciones de víctimas, feministas y de población LGBTQ+, que han generado agendas comunes para entrever cómo el conflicto armado y la exclusión social afectan de manera diferenciada a estos sectores: “La institucionalidad nos lleva agendas programadas basadas en los feminismos que rechazan a los

hombres y nos sobreponen a las mujeres, nosotras no creemos en eso, nuestros sistemas son basados en la complementariedad y en el equilibrio (mujer indígena Uitota)". (De La Rosa, 2019, p.53) Además de esto, otra forma de exploración social del movimiento de los líderes sociales es la existencia de la minga colombiana, en la medida en que las mingas son una forma de organización y protesta social proveniente de los pueblos indígenas de Colombia, y que ha sido adoptada también por otras comunidades y movimientos sociales. No en vano, en los últimos años, se han realizado mingas campesinas, mingas ambientales y mingas estudiantiles, lo cual muestra la adaptabilidad de esta forma organizativa para canalizar diversas luchas sociales.

Ahora bien, con relación a lo anterior, recientemente ha surgido la Minga de Pensamiento, que busca articular procesos educativos, culturales y comunicativos con el fin de transformar imaginarios dominantes y disputar la construcción de pensamiento crítico. Las mingas se han consolidado como mecanismos de organización rizomática que activan la solidaridad entre diversos actores sociales. Asimismo, presentan el poder de convergencia de los líderes, para promover cambios estructurales:

En esa medida, nuestro agenciamiento está hecho de encuentros; la producción de nuestro devenir como colectivo apunta a un mismo sentimiento: el descontento con el actual estado de cosas, pues todos hemos padecido, a nuestra forma, cada una de las expresiones con que el individualismo marca nuestros cuerpos de manera autoritaria. La minga es el acontecimiento que nos permitió encontrarnos, una enunciación de lugares intensivos y potenciales; hoy actuamos también desde y con otros movimientos de resistencia que crean referentes de transformación social (López, W., Ospina, H. F., Acosta Barrientos, O., Smith Avendaño, J., Lozano Medina, W., Restrepo, O. M., Vidal Velasco, Á. F., Acero Gómez, O. I., Hernández, N., Aguilar Orozco, M. C., Yomila Sarria, O., Castillo Mejía,

A., Orozco Vallejo, M., Rojas Cortés, S., Loiza de la Pava, J. Á., Alvarado, S. V., Ospina, H. F., Cardona López, M., Patiño López, J. A., ... Botero Gómez, P., 2011, p.164)

Más allá de sus demandas concretas, el liderazgo social en Colombia cumple un rol fundamental al activar la imaginación colectiva, e impulsar nuevos marcos de comprensión de la realidad y nuevas subjetividades que desbordan los límites de lo instituido. De esta manera, los líderes interpelan las narrativas dominantes y ponen en cuestión los discursos que naturalizan las violencias y desigualdades, así como también generan nuevos significados compartidos que resignifican conceptos como paz, justicia o democracia.

Igualmente, al nombrar nuevas formas de opresiones sufridas, los líderes posibilitan la emergencia de sujetos colectivos con nuevas conciencias sobre sí mismos y su poder de agencia, por lo que constituyen comunidades antes fragmentadas. De esta forma, las comunidades recrean narrativas que resignifican positivamente sus identidades y refuerzan su autoestima dañada por la exclusión, lo cual fortalece su poder de actuar. Así, los liderazgos ayudan a que sectores oprimidos y previamente fragmentados se reconozcan como parte de colectivos más amplios, con metas y demandas compartidas de liberación, de esta forma los líderes sociales logran:

Primero, son defensores de los derechos humanos de las comunidades. Segundo, el líder o la líder es multifuncional, es la voz de las comunidades, en especial de aquellas zonas ausentes de emancipación. Tercero, vela por el cumplimiento de los derechos humanos en sus territorios. Cuarto, promueven desarrollo, defiende el medio ambiente exigen sustitución de cultivos, incentivan la participación efectiva de los ciudadanos, son constructores de la paz. Quinto, Luchan contras la desigualdad, mediante veedurías ciudadanas, las cuales hacen parte de organizaciones campesinas, indígenas, afrodescendientes, organizaciones comunales. El impacto social de esta exploración se

centró en la identificación la legitimidad del discurso de la violencia en contra de los líderes sociales, quienes son la vanguardia de la construcción de las culturas de paz, pues son ellos quienes están al interior de las comunidades impulsando exteriormente las instituciones y organismos nacionales e internacionales. (López Sanabria, J. J., Botía Gómez, L. A. A., Caicedo Aragón, J. E., & Pérez Pertuz, J. J. 2023, p.19)

Asimismo, una expresión de lo anteriormente expuesto es la apropiación creativa de líderes sociales con relación a tradiciones culturales y saberes ancestrales, como lo son, por ejemplo, los Colectivos de mujeres tejedoras en comunidades indígenas Nasa (2021). Esta organización aglutina a mujeres tejedoras de comunidades que están rescatando técnicas tradicionales de hilado y tinturado natural, para elaborar sus productos distintivos. Utilizan tintes extraídos de plantas y minerales de la región, como la añil, el bleo, la granada o el barro, para teñir hilos de lana de oveja y luego tejer prendas y artesanías con diseños que representan su cosmogonía y relatos ancestrales. Al comercializar sus tejidos de forma colectiva en una red de economía solidaria, estas mujeres generan ingresos y autonomía económica. A la vez, están revitalizando saber-hacer comunitario y transmitiendo su legado cultural material e inmaterial a nuevas generaciones desde un enfoque ecofeminista. Líderesas de la OFP promueven esta iniciativa como una estrategia para defender sus tradiciones y saberes ancestrales frente a lógicas de asimilación cultural. De esta manera, A través del tejido también construyen sororidad y empoderamiento femenino dentro de sus pueblos, y de esta forma logran reforzar identidades colectivas y proponer visiones contra-hegemónicas, recuperando así memorias y cosmogonías negadas.

A través de sus discursos y acciones performáticas, estos líderes introducen realidades y aspiraciones antes invisibilizadas al debate público, lo que permite expandir el horizonte de posibilidades en diversos ámbitos contextuales, como lo son, por ejemplo, las diversas protestas

realizadas por líderes sociales en el río Magdalena, donde, junto a un número grande de personas, construyeron sus propios botes y salieron a flote al río con gaitas, clarinetes, tambores y guaches, en una acción de protesta con la que se pedía lo siguiente: “¡Queremos yuca, pescado y maíz, no queremos fracking en nuestro país!”. (Alianza Colombia libre de Fracking, 2021)

Además de representantes de intereses sectoriales, los líderes conectan luchas aparentemente aisladas, tejiendo nuevas articulaciones que amplían la base social de transformación. Con sus formas organizativas flexibles y repertorios creativos de movilización, los líderes prefiguran un ethos contra-hegemónico y una política más allá de la institucionalidad. Asimismo, los líderes locales han conectado reivindicaciones ambientales con luchas étnicas y culturales, mostrando cómo la extracción de recursos naturales amenaza los territorios ancestrales y la pervivencia de pueblos indígenas y negritudes:

Era como esa solidaridad y esa juntanza bonita de reconocer al otro diferente, dentro de un mismo marco que fue la protesta social de reconocer esa diversidad de actores, que ya no es una lucha social gregaria de “salieron los sindicatos, salieron los estudiantes, salieron las mujeres” no, era una masa brutal, era las mujeres trabajadoras de las flores, eran mamás, papás, bebés, teníamos bebés pintando (Penagos, 2022, p.27).

Para finalizar, esta capacidad rizomática de los líderes sociales colombianos ha permitido ampliar las bases de sus movimientos, sumar voluntades dispersas, tejer redes de solidaridad, para así fortalecer procesos que buscan transformaciones estructurales, al vincular demandas diversas en marcos comunes, trascender las fronteras sectoriales y conectar lo micro con lo macro social. Por ello, el accionar de los líderes adquiere la flexibilidad adaptativa y potencial emancipador que Deleuze y Guattari atribuyen a la máquina de guerra. Por consiguiente, son una fuerza desterritorializadora que pone en cuestión las jerarquías, las burocracias, los dogmas dominantes.

Así, los líderes sociales comparten con la máquina de guerra su carácter experimental, táctico y transformador. Son una fuerza viva que, desde lo local, busca activar procesos emancipadores. Al igual que la máquina de guerra, los líderes sociales parten de lo micro-político, de demandas locales y cotidianas, para conectarlas con luchas contra el poder dominante global. Es así que tanto la máquina de guerra como los líderes sociales apuestan por la organización rizomática, horizontal y descentralizada, en contraposición a la organización arbórea y centralizada del Estado.

En conclusión, las múltiples similitudes entre las dinámicas organizativas, objetivos y formas de acción de los líderes sociales en Colombia dan cuenta de su cercanía conceptual con la noción deleuzguattariana de máquina de guerra. Así, se podría decir que los líderes sociales son agentes de desterritorialización. Además, más allá de esta afinidad, lo realmente significativo es que, en su accionar, los líderes sociales activan potencias de devenir que abren nuevos futuros emancipadores. Generan devenires minoritarios que potencian la expresión de comunidades excluidas. Promueven devenires ecologistas que reconectan a los humanos con la defensa de sus entornos amenazados. Activan devenires feministas que empoderan la lucha de las mujeres. Por ello, es a través de estos devenires revolucionarios en lo social, cultural, político y económico que los líderes sociales, como nómadas, activan las máquinas de guerra desterritorializadoras, siembran las semillas de otros mundos posibles. Sus luchas tienen un horizonte ontológico, al expandir el campo de lo que es posible ser y hacer. De esta forma, el gran aporte de los líderes sociales es abrir grietas en el presente a través de las cuales emergen nuevas subjetividades y realidades alternativas. Son vectores de fuga que revelan los intersticios de libertad y creación dentro de un sistema fijo. Encarnan devenires de cambio que desafían los territorios establecidos por el Estado, creando nuevos territorios en alianza con otros actores sociales. De esta forma, los líderes sociales forman

parte de la máquina de guerra que se opone al orden estatal y buscan crear nuevas formas de vida y de organización social.

Ahora bien, La filosofía de Deleuze y Guattari puede aportar interesantes claves para analizar los movimientos sociales y el rol de los líderes que los activan. De acuerdo con la manera como se ha desarrollado en el transcurso de este escrito, se puede establecer un paralelo entre las dinámicas de los movimientos como máquinas de guerra, y los líderes como nómadas que las activan, el cual se expondrá a continuación.

Los movimientos sociales, como ensemble heterogéneos orientados a la transformación, comparten atributos con la noción de máquina de guerra: despliegan una diversidad de saberes, recursos y demandas para desestabilizar lo rígido; tienen capacidad camaleónica de cambiar de formas, y buscan activar potencias emancipadoras de cambio estructural. De manera análoga, el líder social, como un guerrero nómada, logra activar esa máquina, pues su accionar es itinerante, va allí donde es necesario motivar la indignación, toda vez que tiene sagacidad táctica para sortear obstáculos y adaptarse, conecta y articula los elementos del movimiento, y comparte su compromiso ético de servicio con las causas que representa.

Así, la máquina de guerra es el movimiento, el rizoma diverso de elementos que confluyen en un propósito de transformación, mientras que el nómada es el líder social carismático y estratégico que lo activa. Juntos generan una fuerza social desterritorializadora que desestabiliza lo estriado, y abre grietas por donde pueden surgir nuevas realidades emancipadas. Esta analogía permite pensar creativamente la dinámica de cambio social que encarnan los movimientos y líderes sociales, desde una filosofía política alternativa, como la deleuzeguattariana, que aporta inspiración para seguir imaginando horizontes de liberación.

Así, entre máquina de guerra, nómada, Estado y aparato de captura se genera una compleja dinámica, un forcejeo entre fuerzas molares y moleculares. El desafío es que la máquina de guerra no sea subsumida por el aparato de captura, y el nómada no se sedentarice. En otras palabras, que se sigan activando devenires revolucionarios.

3.3 Conflicto entre los líderes sociales (máquina de guerra) y el Estado colombiano (aparato de captura)

Ahora bien, dentro de la atmosfera colombiana, se pueden identificar algunos puntos en los cuales el Estado, en su papel como aparato de captura, ha desplegado diversas estrategias y mecanismos que buscan controlar, cooptar o reprimir a los líderes y lideresas sociales que representan una amenaza al statu quo. Por ejemplo, mediante la estigmatización y judicialización, el Estado ejerce un control normativo sobre los líderes sociales, tildándolos de guerrilleros o terroristas, y judicializándolos con procesos dubitativos, así como también sobre organizaciones defensoras de derechos humanos, como el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, quienes son constantemente estigmatizadas y acusadas de ser la "ideología jurídica de la guerrilla", tal como señala el Informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos "Verdad, Justicia y Reparación" (2013). En efecto, la CIDH también recibió información sobre la estigmatización del Colectivo de Abogados "José Alvear Restrepo", como la "oficina jurídica de las FARC", por hacer defensa de los derechos humanos."(párr. 254). Además de que, según la CIDH (2020),

miembros del CAJAR han sido víctimas de múltiples eventos de amenazas, hostigamientos y seguimientos en diversos lugares por parte de personas cuya identidad no se encuentra acreditada a fin de establecer si se trató o no de agentes estatales. Sin embargo, se argumenta que el Estado realizó acciones que contribuyeron activamente a la

materialización de los hechos de violencia, tales como labores arbitrarias de inteligencia, así como pronunciamientos estigmatizantes por parte de altos funcionarios. (párr. 1)

Así, de esta manera, captura sus demandas y luchas dentro de categorías criminalizantes. Además de esto, hay situaciones concretas en las que el Estado colombiano agrede sistemáticamente a líderes sociales, como lo fue el caso de Julián Gil, líder campesino de Arauca, quien estuvo preso un año acusado falsamente de rebelión. Situaciones estas que, sumadas a otras tantas, según la visualización del Comité de Solidaridad Internacionalista (2020), son narradas de esta manera

El pasado mes de septiembre Angélica Orjuela, actual secretaria técnica del Congreso de los Pueblos, después de sustituir en el cargo a Julián tras su detención, afirmaba que “la fiscalía está jugando a relacionar las y los líderes sociales con la insurgencia, de hecho, en una audiencia de Julián la fiscal aseguró que son los líderes sociales los que ponen bombas y que son un peligro para la comunidad”. (párr. 2)

También, a través de relegar la protesta social a escenarios altamente ritualizados y limitados espacialmente, el Estado estría y delimita la expresión de inconformidad, neutralizando su potencial desestabilizador. Una forma de esto puede atribuirse al fundamento del “enemigo interno”, concepto que se ha incorporado a la formación castrense a través de manuales como el Reglamento de Combate de Contra Guerrillas EJC-3-10 (2010), que establece la noción de "enemigo interno" para referirse a "grupos guerrilleros camuflados en la población civil".

Bajo esta lógica, líderes sociales, sindicalistas, defensores de DDHH y manifestantes han sido estigmatizados como parte de la insurgencia. Un ejemplo: en el análisis de la Comisión Colombiana de Juristas (2022), se demuestra que, entre 2019 y mediados de 2022, se registraron

47 casos de judicialización contra defensores de DDHH, líderes sociales y personas participantes en movimientos sociales. Asimismo, este entendimiento del “enemigo interno” permite la captura por parte de ramas gubernamentales, aceptando la vigilancia, infiltración y espionaje de movimientos sociales al presentarlos como una expresión de una “amenaza interna”. Así, se expande el brazo del aparato de captura del Estado. También, presentar el fenómeno del “enemigo interno” dentro del marco social de Colombia durante las protestas de años anteriores, dio pie a que se considere la presencia de grupos “armados ilegales” o sus redes de apoyo en el ámbito académico, con el fin de reclutar estudiantes, generar propaganda, desestabilizar el orden público y atentar contra las fuerzas militares. Asimismo, la existencia de esta narrativa en el discurso policial colombiano ha estado presente fuertemente.

Colombia apenas comienza a esclarecer las dimensiones de su propia tragedia. Aunque sin duda la mayoría de nuestros compatriotas y líderes sociales se sienten habitualmente interpelados por diferentes manifestaciones del conflicto armado, pocos tienen una conciencia clara de sus alcances, de sus impactos y de sus mecanismos de reproducción. Muchos quieren seguir viendo en la violencia actual una simple expresión delincencial o de bandolerismo, y no una manifestación de problemas de fondo en la configuración de nuestro orden político y social. (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 13).

Con base en este sistema del "enemigo interno", se ha justificado el seguimiento, la represión y los falsos positivos contra civiles. De cierta forma, la idea del "enemigo interno" ha sido un componente característico en la lógica operativa y discursiva dentro de las operaciones del Estado sobre los movimientos sociales colombianos en su sistema contrainsurgente. Más que un concepto abstracto, podría afirmarse que esta peligrosa noción se ha traducido en dispositivos concretos para extender el aparato de captura del Estado sobre sectores sociales considerados

políticamente disruptivos. Al enfocarse en labores de inteligencia, infiltración y seguimiento a organizaciones sociales, sindicatos, la fuerza pública sale de su mandato de defensa de la soberanía nacional, para insertarse como brazo vigilante del Estado sobre la población civil, como lo sucedido en 2009, cuando, junto a las revelaciones del Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo (2009) hacia el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), se expuso que la agencia de inteligencia del Estado realizó seguimientos ilegales a defensores de derechos humanos, periodistas, y líderes sociales, además de varias universidades. El escándalo fue conocido como las “chuzadas del DAS”

Igualmente, la noción de "enemigo interno", promovida en sectores de las Fuerzas Armadas colombianas, puede verse como una expresión del aparato de captura del Estado, en contraste con el mandato protector de la fuerza pública. En consonancia con el planteamiento de Deleuze y Guattari (2002), el aparato de captura busca desarticular y neutralizar aquellas fuerzas que desafían el orden establecido, en este caso, mediante la estigmatización de sectores sociales como "enemigos internos".

En efecto, la lógica del "enemigo interno" homogeniza y deshumaniza a ciertos sectores sociales al tildarlos de amenazas, mientras que la interacción de la fuerza pública con la población civil debería darse bajo un enfoque de diferenciación y avenencia, reconociendo la diversidad y heterogeneidad de la sociedad. De la misma forma que el aparato de captura vigila y castiga la disidencia política y social, la visión contrainsurgente ve a lo civil como una prolongación del peligro, como un espacio a ser controlado y capturado. De esta forma, la fuerza pública transforma su carácter eminentemente civilista y protector, para provocar una captura social, ejerciendo mecanismos de control y represión sobre aquellos sectores catalogados como "enemigos internos".

Esta situación representa una desviación del mandato constitucional de las Fuerzas Armadas, que deberían velar por la protección de todos los ciudadanos, sin discriminación alguna.

De esta manera, dentro de la compleja dinámica entre el Estado, los movimientos sociales y sus líderes, se ha evidenciado históricamente una estrategia de captura, consistente en intentar contrarrestar o neutralizar liderazgos alternativos, ya sea mediante la coerción o buscando su cooptación. Así, por ejemplo, luego de procesos de negociación con la guerrilla que concluyeron en la dejación de armas, algunos líderes, inicialmente subversivos, terminaron siendo absorbidos por la institucionalidad estatal, capturados por los engranajes del aparato burocrático. Es decir, perdieron su carácter contestatario. Un caso ilustrativo es el de Luis Evelis Andrade, destacado líder del movimiento indígena y expresidente de la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), quien en 2002 fue nombrado director del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria durante el gobierno de Álvaro Uribe. Andrade, que había sido un férreo defensor de los derechos de los pueblos indígenas sobre sus territorios ancestrales, una vez dentro de la institucionalidad estatal, tuvo que avalar políticas de explotación de recursos naturales en territorios indígenas que antes había criticado abiertamente, moderando así su discurso y acciones contestatarias

El Movimiento Alternativo Indígena y Social –MAIS- regional Cauca reunido en comité ejecutivo ampliado, en conjunto con la consejería mayor del Consejo Regional Indígena –CRIC- retomando los mandatos de la II convención departamental (marzo del 2017) y del XV congreso del CRIC (junio del 2017) en común acuerdo, reafirmamos nuestra posición política y organizativa a través de este pronunciamiento, dirigido a las organizaciones sociales y a la opinión pública expresando nuestro RECHAZO al voto dado por las mayorías del Congreso de la República en favor de la reforma tributaria presentada por el Gobierno Nacional, la cual perjudica de manera grave a los sectores

populares del pueblo colombiano. Particularmente lamentamos y denunciarnos que el Senador de nuestro partido, Luis Evelis Andrade, decidió con su voto alinearse con estas mayorías antipopulares en el Congreso, apartándose de las directrices de nuestro partido, en torno a la defensa de los derechos de los diversos sectores sociales empobrecidos del campo y la ciudad. (comité ejecutivo departamental mais cauca y consejo regional indígena cauca CRIC, 21 de septiembre, 2017)

Del mismo modo, en el ámbito de movimientos sociales no armados, se han registrado casos de líderes que, tras ser perseguidos judicialmente, estigmatizados mediáticamente e incluso encarcelados durante sus labores de protesta social, terminan "ablandados" y manejables política o económicamente por actores estatales y fácticos interesados. Es decir, la represión, el desgaste personal y cierto agotamiento de los liderazgos, puede tornarlos más vulnerables o permeables a las presiones o tentaciones del statu quo. El relato del "enemigo interno" se desinfla, y los discursos radicales se institucionalizan. De esta manera, la narrativa que los estigmatizaba como un supuesto "enemigo interno" se diluye gradualmente, al tiempo que sus discursos y demandas inicialmente radicales y transformadoras se van institucionalizando y perdiendo su carácter confrontacional contra el statu quo. Lo que antes se presentaba como una amenaza para el orden establecido, es ahora asimilado y neutralizado por el aparato estatal a través de diferentes mecanismos de cooptación. Sus reivindicaciones son parcialmente incorporadas al discurso oficial, pero despojadas de su potencial desestabilizador y revolucionario. De líderes sociales vistos como peligrosos insurgentes, pasan a ser actores con cierto grado de inclusión formal en las estructuras de poder, pero supeditados a la lógica del sistema que, en un inicio, buscaban transformar. Sus voces ya no representan un cuestionamiento radical, sino que son funcionalizadas y reencauzadas hacia causas menos amenazantes para el orden dominante. En este proceso de domesticación e

institucionalización, la máquina de guerra social pierde su capacidad de devenir revolucionario y sus discursos se atomizan, quedando a merced de la capacidad de absorción y neutralización del Estado.

Así, por momentos, el Estado logra neutralizar los liderazgos alternativos, sea por absorción en sus estructuras formales, o por una captura más sutil e informal mediante prebendas, cuotas de poder, u otras motivaciones que los "doman" políticamente. La máquina de guerra contestataria se rinde o se auto-destruye. Claro, este resultado no siempre se consuma. Hay resiliencia en algunos líderes que mantienen vivo ese ethos rebelde y de cambio social, Pero la ofensiva del aparato de captura sí ha logrado, en numerosos casos, absorber energías, fracturar colectividades, y desertar o re-direccionar liderazgos emancipatorios. Una peligrosa deriva antidemocrática, sino totalitaria, subyace tras estos mecanismos de control y disciplinamiento político, como si “una de las claves del funcionamiento del sistema político colombiano a lo largo del siglo XX ha sido su enorme capacidad para integrar a los desafiantes al orden establecido, para reformarse sin transformarse”. (Gutiérrez, 2007).

De suerte que el accionar histórico del Estado colombiano permite identificar la implementación de diversas estrategias de control, represión y cooptación que buscan neutralizar las demandas y liderazgos que representan una amenaza al statu quo. Bajo la óptica teórica de Deleuze y Guattari, puede interpretarse esto como una pugna entre el "aparato de captura" desplegado desde las instituciones estatales, y esas expresiones de "máquina de guerra" que encarnan los movimientos y líderes sociales desterritorializadores.

Como se mencionó previamente, uno de los principales mecanismos de neutralización empleados por el Estado ha sido la judicialización y estigmatización de líderes sociales y defensores de derechos humanos, acusándolos falsamente de tener vínculos con grupos armados

ilegales. Un caso emblemático de esta estrategia es la persecución sistemática contra el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, sometido al espionaje ilegal, amenazas y sabotaje por su labor en defensa de víctimas de violaciones a los derechos humanos. Otra manifestación del aparato de captura es la tendencia a encasillar la protesta social sólo como ese ritual mediático y acotado espacial-temporalmente que no perturba realmente al poder. Cuando se desborda esa “zona de tolerancia”, se criminaliza y se reprime violentamente, hasta desarticular su permanencia efectiva en lo público. Asimismo, mediante la cooptación y el clientelismo, en no pocos casos el Estado ha logrado “ablandar”, dividir o redirigir dirigencias y procesos organizativos inconformes, que dejan de cuestionar las políticas dominantes. La máquina de guerra se auto-destruye o se vuelve complaciente. Ahora, si bien estos mecanismos de captura estatal han diezmando emblemáticos procesos contestatarios de cambio social, la capacidad proteica de la potencia destituyente que encarnan las multitudinarias máquinas de guerra nos hace prever que el antagonismo político surgirá bajo nuevos ropajes y nuevas demandas libertarias. La pugna entre fuerzas molares y moleculares continúa su devenir.

A modo de conclusión, el análisis desarrollado en este capítulo evidencia la compleja dinámica de fuerzas que se gesta entre el Estado colombiano, como aparato de captura, y los movimientos y líderes sociales, vistos desde la perspectiva deleuze-guattariana como máquinas de guerra y nómadas instituyentes. Se ha constatado cómo el Estado ha puesto en marcha diversas estrategias y dispositivos orientados a neutralizar, cooptar o reprimir a aquellos liderazgos y expresiones sociales que representan una amenaza al statu quo imperante. Desde la estigmatización y judicialización, hasta la cooptación mediante prebendas o el desgaste por la represión, el aparato estatal ha buscado capturar y desactivar el potencial desestabilizador de estas fuerzas del cambio social. No obstante, pese a los ingentes esfuerzos por absorber o eliminar brotes de disidencia

política, la vocación instituyente de las multitudinarias máquinas de guerra sociales ha demostrado su capacidad para renovarse y resurgir bajo nuevos ropajes y causas emancipatorias. La pugna entre fuerzas molares y moleculares no cesa, evidenciando la persistencia del anhelo de justicia y transformación radical que anida en los pliegues de la sociedad colombiana.

Por otro lado, si bien determinados liderazgos han terminado domesticados o neutralizados, la potencia destituyente que encarnan esas máquinas de guerra augura que el antagonismo contra las estructuras de opresión encontrará nuevas formas de manifestarse y cuestionar las lógicas del poder establecido. El desafío sigue siendo evitar que las intensidades emancipadoras sean definitivamente capturadas por el aparato estatal. En definitiva, la contradicción entre movimientos sociales y Estado no es coyuntural, sino una tensión estructural propia de las sociedades estratificadas. Por ello, la inagotable fuerza de los devenires revolucionarios seguirá abriéndose camino, reactivando las luchas populares por la dignidad, la libertad y la construcción de un mundo nuevo, más justo y liberado.

Conclusiones

A modo de conclusión, el presente texto ha buscado explorar las posibilidades analíticas que ofrece la filosofía de Gilles Deleuze y Félix Guattari para comprender los movimientos sociales y los liderazgos que los impulsan, con especial énfasis en el caso colombiano. A través de conceptos como la "máquina de guerra" y el "aparato de captura", se ha trazado un paralelismo entre las dinámicas contestatarias de estos movimientos y las estrategias de control y neutralización ejercidas por el Estado. Se ha evidenciado cómo los líderes sociales colombianos, arraigados en comunidades históricamente excluidas, encarnan atributos de lo que Deleuze y Guattari denominan "nómadas", activando fuerzas de resistencia y creación análogas a la "máquina de guerra". Su carácter itinerante, su táctica adaptativa y su capacidad articuladora les permiten desplegar una fuerza desterritorializadora que desestabiliza las estructuras hegemónicas.

Al mismo tiempo, se ha puesto de manifiesto la compleja maquinaria del "aparato de captura" estatal, orientada a controlar, reprimir o cooptar estas expresiones disruptivas del orden establecido. Mediante mecanismos como la estigmatización, la judicialización o la absorción institucional, el Estado colombiano ha intentado desactivar el potencial transformador de estos liderazgos sociales. No obstante, el análisis también ha revelado la persistencia y resiliencia de estos movimientos y sus líderes, quienes logran reinventarse continuamente, generando devenires revolucionarios en diversos ámbitos: sociales, culturales, políticos y económicos. Su capacidad de articulación rizomática, de converger luchas aparentemente fragmentadas, les otorga un horizonte ontológico al expandir los campos de lo posible ser y hacer.

En definitiva, la perspectiva deleuzguattariana nos invita a trascender las narrativas dominantes y a repensar estas luchas sociales como fuerzas vitales que abren grietas en el presente,

permitiendo la emergencia de nuevas subjetividades y realidades alternativas. Los líderes sociales colombianos, en su condición de "nómadas" activando "máquinas de guerra", representan vectores de fuga que revelan los intersticios de libertad y creación incluso dentro de un sistema rígido.

Si bien el "aparato de captura" estatal continuará ejerciendo presión para mantener el statu quo, este análisis ha puesto en valor el potencial instituyente de estos movimientos sociales y sus liderazgos. Un potencial que, lejos de agotarse, se renueva constantemente al calor de las luchas por la justicia, la dignidad y la apertura de nuevos territorios existenciales para todos. Movimientos y líderes que, al igual que los conceptos deleuzianos, se resisten a ser capturados por definiciones estáticas y mantienen viva la llama de la exploración de alternativas emancipadoras.

Referencias Bibliográficas

Alianza Colombia libre de Fracking (2021). Con caravana, pescadores protestan contra pilotos de fracking en puerto Wilches. <https://colombialibredefracking.wordpress.com/2021/03/28/con-caravana-pescadores-protestan-contra-pilotos-de-fracking-en-puerto-wilches/>

Angarita, M. (2019). *Alma, cuerpo y corazón: Mayerli Angarita*. Semana, 18 de mayo de 2019. <https://www.semana.com/opinion/articulo/alma-cuerpo-y-corazon-por-mayerli-angarita/615997>

Castiñeira, Ángel. (2012). La formación de líderes sociales. *Revista de Educación y Derecho*, (6), 1-18.

Comisión Colombiana de Juristas (2022). *¿Ser o parecer? Cumplimiento de Colombia de las recomendaciones internacionales en derechos humanos La impunidad en los delitos contra personas defensoras de derechos humanos*. CCJ.

Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2013). *Verdad, justicia y reparación: Cuarto informe sobre la situación de derechos humanos en Colombia*. Organización de los Estados Americanos.

Comité de Solidaridad Internacionalista (2020). Julián Gil: "¿Ser líder social no es delito!". <https://arainfo.org/julian-gil-ser-lider-social-no-es-delito/>

Consejo Regional Indígena del Cauca. (16 de diciembre de 2021). *Mujer Nasa, cuidadora del territorio y tejedora de vida*. <https://www.cric-colombia.org/portal/mujer-nasa-cuidadora-del-territorio-y-tejedora-de-vida/>

Consejo Regional Indígena del Cauca. (21 septiembre, 2017). Sanción Política al Senador Luis Evelis Andrade por la aprobación unilateral e inconsulta de la reforma tributaria del 2016 debe ser ratificada por la II convención Nacional del MAIS. <https://www.cric-colombia.org/portal/sancion-politica-al-senador-luis-evelis-andrade-la-aprobacion-unilateral-e-inconsulta-la-reforma-tributaria-del-2016-ratificada-la-ii-convencion-nacional-del-mais/>

Corte IDH (2020). Caso Miembros de la Corporación Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo vs. Colombia. https://www.corteidh.or.cr/docs/tramite/miembros_de_la_corporacion_colectivo_de_abogados.pdf

Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti-Edipo*. Paidós.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.

Domenech Oneto, Paulo, & Castro, Carolina Villada. (2017). La nomadología de Deleuze-Guattari. *Escritos*, 25(54), 243-261. <https://doi.org/10.18566/escr.v25n54.a11>

Ejército Nacional de Colombia. (2010). Reglamento de Combate de Contra Guerrillas EJC-3-10.

Garavito, E. (1996). *Deleuze: máquinas de guerra y aparatos de captura*. Universidad Nacional de Colombia.

González Monguí, P. E., Silva-García, G., Pérez-Salazar, B., & Vizcaíno Solano, L. A. (2022). Estigmatización y criminalidad contra defensores de derechos humanos y líderes sociales en Colombia. *Revista Científica General José María Córdova*, 20(37), 53-72. <http://dx.doi.org/10.21830/19006586.655>

Greenleaf, R. (1977). *Servant Leadership: A Journey into the Nature of Legitimate Power and Greatness*. Paulist Press.

Gutiérrez, F. (2007). *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia 1958-2002*. Grupo Editorial Norma.

Lara De La Rosa, Juana María. (2019). El lugar de los cuerpos-territorios de las mujeres indígenas en procesos de desterritorialización y reterritorialización radicadas en Bogotá, Colombia. *La ventana. Revista de estudios de género*, 6(50), 45-79. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362019000200045&lng=es&tlng=es.

López Sanabria, J. J., Botia Gómez, L. A. A., Caicedo Aragón, J. E., & Pérez Pertuz, J. J. (2023). Caracterización de los líderes sociales en Colombia. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 7(1), 10271-10300. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v7i1.5214

López, W., Ospina, H. F., Acosta Barrientos, O., Smith Avendaño, J., Lozano Medina, W., Restrepo, O. M., Vidal Velasco, Á. F., Acero Gómez, O. I., Hernández, N., Aguilar Orozco, M. C., Yomila Sarria, O., Castillo Mejía, A., Orozco Vallejo, M., Rojas Cortés, S., Loiza de la Pava, J. Á., Alvarado, S. V., Ospina, H. F., Cardona López, M., Patiño Lopéz, J. A., Muñoz, S. M., Castillo, J. R., Muñoz Villareal, E., Santacoloma Alvarán, J., Uribe Valencia, C., Vega González, M., Ospina A., M. C., Díaz Gómez, Á., Alvarado, S. V., Botero Gómez, P., & Botero Gómez, P. (2011). *Experiencias alternativas de acción política con participación de jóvenes en Colombia*. Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud alianza de la Universidad de Manizales CINDE.

Maldonado, J., Palencia, S., y Silva, A. (2016). La máquina de guerra y el devenir del Estado: una lectura de Amalia de José Mármol desde la perspectiva filosófica de Deleuze y Guattari. *Revista temas*, 3(10), 11 -27.

Northouse, P. G. (2021). *Leadership: Theory and practice*. Sage publications.

Penagos, E. (2022). *Protestas creativas: un acercamiento entre al arte y la participación política en las protestas entre 2019 y 2021 en Bogotá D.C* (Tesis de grado). Pontificia Universidad Javeriana.

<https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/62547/Trabajo%20de%20Grado%20Protestas%20creativas%20un%20acercamiento%20entre%20al%20arte%20y%20la%20participación%20política%20en%20las%20protestas%20entre%202019%20y%202021%20en%20Bogotá%20D.C.pdf?sequence=1>

Zuluaga Cometa, H. & Insuasty Rodríguez, A. (2019). Por la vida ¿Hasta la vida misma?: Líderes sociales en Riesgo (Colombia). *El Ágora USB*. 19(2), 313-321. Doi: 10.21500/16578031.4386